

hallarse con ella en buenisimas relaciones, el joven Bonmont la encontró en su tocador acabando de vestirse.

Mientras que su doncella la peinaba, desvió los ojos del espejo, y mirando á su hijo,

—No traes buena cara—le dijo.

Desde hacía algún tiempo la salud de Ernesto la preocupaba. Tenía pesares mayores ocasionados por *Rara*, pero su hijo también la tenía intranquila.

—¿Y tú, mamá?

—Yo estoy bien.

—Ya lo veo.

—¿Sabes que tu tío Wallstein ha tenido un ligero ataque?

—¡No es extraño! Siempre está de jolgorio en París. A su edad, eso es malsano.

—No es viejo tu tío. Tiene cincuenta años.

—Cincuenta y dos años no es la adolescencia.

A propósito: ¿y los Brecé?

—¿Los Brecé, qué?

—¿Te han dado las gracias por el copón?

—Me han enviado una tarjeta con una frase cortés.

—Me parece poco.

—Pero, hijo mío, ¿esperabas alguna cosa más?

Se puso en pie, y para colocar en sus cabellos una rama de brillantes, levantó sobre la cabeza sus desnudos brazos, que formaban dos alas resplandecientes en el ánfora admirablemente torneada de su cuerpo. Con los racimos de fruta

transparentes que dejaban filtrar la luz eléctrica, sus hombros resplandecían, y en su blancura dorada unas venas azules se señalaban al borde del pecho. Las mejillas estaban sonrosadas con afeites y sus labios pintados. Pero la fisonomía conservábase joven de deseo y de salud, y la marchitez del cuello que hubiera podido revelar el cansancio de los años se perdía en el esplendor de la carne.

El joven Bonmont la miró un momento atentamente, y luego dijo:

—Oye, mamá: ¿si fueras también á ver á Loyer para recomendarle al padre Guitrel?

XIV

La señora de Bonmont, que había elegido á Raul Marcién entre todos y que le amaba con ternura, pudo, durante algunas semanas, envanecerse de su elección y creerse feliz. En efecto: se había verificado en el orden de las cosas un cambio prodigioso. Raul, en otro tiempo despreciado ó temido en todas las esferas, rechazado por el regimiento, renegado por sus amigos, reñido con su familia, expulsado del Casino, conocido en todos los tribunales donde se amontonaban las querellas contra él: se había lavado de pronto de toda mancha y purificado de toda deshonra. Acontecimientos que se empezaban á conocer y pronto estarían aclarados, habían interesado al Estado

por la honra de Raul. Importaba grandemente que Raul fuera puro. En público, en secreto, los ministros afirmaban que la seguridad, el poder, la gloria de Francia y la paz del mundo, dependían de esa condición.

Siendo aquel honor de utilidad pública, cada cual se esforzaba en instituirlo sólidamente. Se ocupaban de ello en el Gobierno, en la magistratura, en la prensa. Los buenos ciudadanos trabajaban con alegría. La señora de Bonmont, viendo á su amigo convertido de pronto en un ejemplo y un modelo á los ojos de los franceses, sentíase á un tiempo alegre y temerosa. Había nacido para disfrutar placeres discretos y satisfacciones íntimas; aquella gloria la sorprendía y la ocasionaba una especie de malestar. Al lado de Raul sentía la cansada impresión de vivir perpetuamente en un ascensor.

Los testimonios de adhesión que recibía admiraban por lo numerosos á aquella sencilla Isabel. Todo eran felicitaciones, todo seguridades halagadoras, certificados de buena conducta, cumplidos, alabanzas. Procedían de las ciudades y del campo, de todos los cuerpos constituidos y de todas las sociedades nacionales. Procedían de los tribunales, de los arzobispados, de los cuarteles, de las prefecturas, de los castillos, de los pretorios. Surgían del adoquinado en los días de tumulto; resonaban con las charangas de los gimnastas en las rêtretas. Al presente, su honor se iluminaba; su honor resplandecía sobre la nación entera

como en una noche de fiesta una inmensa cruz de honor. En el Palacio de Justicia, en Moulin Rouge, atravesaba la multitud entre aclamaciones, y los príncipes imploraban el favor de estrecharle la mano.

Sin embargo, Raul no estaba tranquilo. En el pequeño entresuelo, tapizado de azul, que abrigaba sus amores con la señora de Bonmont, permanecía sombrío y violento. Allí, mientras que su honor y sus alabanzas llegaban á sus oídos con el estrépito de la calle, cuando no podía oír ni las ruedas de un ómnibus estremecer el muro, ni la bocina de un tranvía rasgar el aire, sin decirse razonablemente que en aquel momento rodaban por la calle sostenes y garantías de su honor: vivía sumido en pensamientos amargos y negros; alimentaba designios funestos. Frunciendo el entrecejo y apretando los dientes murmuraba imprecaciones; mascullaba sus injurias como un marino los cabos.

—¡Pillos, bribones! ¡Los voy á reventar!...

Parece increíble, pero no oía las aclamaciones de todo un pueblo y los acusadores que creía dispersados, destruidos, reducidos á polvo, los veía en pie, amenazándole, frente á él. El espanto, al aparecersele, dilataba sus pupilas amarillas.

Su furor consternaba á la tierna señora de Bonmont, que de aquellos labios, de los cuales esperaba besos y palabras de amor, no oía salir más que gritos roncós de odio y venganza. Y estaba más sorprendida y admirada al ver que las

amenazas de muerte que profería su amigo, su amante, se dirigían tanto á los amigos como á los enemigos; pues cuando hablaba de reventarlos á todos, Raul no hacía distinción entre sus defensores y sus adversarios. Su pensamiento, más extenso, abarcaba su patria y el género humano.

Pasaba todos los días largas horas paseándose, como los leones y panteras enjaulados, en las dos habitaciones que la señora de Bonmont había mandado tapizar de azul y amueblar con butacones, inducida por otras esperanzas. Andaba con paso largo repitiendo:

—¡He de reventar á uno!

Entre tanto, ella, sentada en el sofá, le seguía con mirada tímida y recogía sus palabras con inquietud, no porque los sentimientos que él expresaba la pareciesen indignos del hombre amado: sumisa por instinto, dócil por naturaleza, admiraba el vigor en todas sus formas y se complacía con la vaga esperanza de que un hombre capaz de todas las fierezas, sería capaz en otros momentos de caricias extraordinarias. Y sentada en el sofá azul, con los ojos entornados, el pecho un poco anhelante, esperaba que Raul cambiara de furros.

Esperaba en vano. Y los mismos alaridos la hacían estremecer.

—¡Tengo que reventar á uno!

A veces, tímidamente, trataba de calmarle. Con voz pastosa, le decía:

—Pero, puesto que te hacen justicia, amigo

mío, puesto que todo el mundo te reconoce un hombre de honor...

El niño David, delgado y negro, con su arpa de pastor, pulsándola con sonos más suaves que el débil grito de la cigarra, calmaba el furor de Saul; Isabel, menos dichosa, ofrecía inútilmente á Raul el olvido de sus males con sus suspiros de cantante vienesa y los magníficos repliegues de su carne blanca y sonrosada. Sin atreverse á mirarle se lanzaba á decirle:

—No te comprendo, amigo mío; puesto que has confundido á tus calumniadores, puesto que tu general te ha abrazado en plena calle, puesto que los ministros...

No podía proseguir.

Raul estallaba:

—¡Háblame de esos figurones!... Sólo buscan el medio de lanzarme. Quisieran verme á cien pies bajo tierra. ¡Después de lo que por ellos hice! Pero que tengan cuidado. ¡Comeré sus pedazos!...

Y volvía á su pensamiento preferido y acariciado entre todos:

—¡He de reventar á uno!

Entonces contaba su sueño:

—Quisiera estar en una inmensa sala de mármol blanco, llena de gente y dar con un garrote, golpear durante días y noches enteros, golpear hasta que las losas estuvieran enrojecidas, las paredes enrojecidas, el techo enrojecido.

Ella nada contestaba, mirando en silencio el

ramito de violetas colocado en su pecho, comprado para él, y que no se atrevía á ofrecerle.

Ya no tenía amor para ella. Era cosa terminada. El hombre más cruel sintiera piedad ante aquella dulce criatura, ante aquel cuerpo sensual, ante aquella carne lechosa y sonrosada, ante aquella flor grande y tibia, tan espléndida, abandonada, desolada, sin cuidados ni cultivo.

Ella sufría. Y como era piadosa buscó en la religión un remedio á sus sufrimientos. Pensó que una entrevista con el padre Guitrel haría mucho bien á Kaul; resolvió ponerle en su casa en presencia del sacerdote.

XV

Gustavo Dellion, antes de vestirse, separó las cortinas de la ventana viendo pasar en la sombra, sembrada de luces, los faroles de los coches. Su mirada se distrajo un momento; desde las dos estaba en aquel cuarto, aislado por completo del mundo exterior.

—¿Qué miras?—le preguntó desde el fondo de la cama la señora de Gromance sujetándose los cabellos desatados—. Enciende la luz; no se ve nada.

Encendió las velas que se alzaban sobre la chimenea en pequeños candelabros de cobre, al lado de un reloj dorado, con figuras campestres. Una luz tenue hizo brillar el espejo del armario, y re-

lucir la cornisa de palo santo. Varios reflejos palpitaban en la habitación sobre la ropa y los trajes esparcidos y morían en los pliegues de las cortinas, blandamente.

Era el cuarto de un buen hotel, situado en una calle cercana al bulevar de los Capuchinos. La señora de Gromance lo había escogido con su prudencia despreciando las componendas menos sutiles de Gustavo Dellion, que había alquilado para sus entrevistas un cuarto bajo de la solitaria Avenida Kleber. Ella opinaba que una mujer, cuando tiene asuntos particulares, debe resolverlos en el tumultuoso corazón de París, en un hotel de buena apariencia, frecuentado por gran número de viajeros de razas extranjeras y diversas. En junto no pasaba en París más que dos meses del año. Pero iba y venía muy á menudo viendo á Felipe con una facilidad de que no disfrutaba en provincias.

Se sentó al borde de la cama, ofreciendo á la acariciadora luz su cabellera rubia, ligera, la carne lechosa de sus hombros caídos y de su bonito pecho, un poco bajo. Luego, dijo:

—Estoy segura de que también hoy llegaré tarde. Dime la hora, hijo mío, y no me engañes. Se trata de un asunto muy serio.

El, con tono bastante áspero, respondió:

—¿Por qué me llamas siempre «hijo mío»? Son las seis y diez.

—¿Las seis y diez? ¿Estás seguro?... Te llamo hijo mío por amistad... ¿Cómo quieres que te llame?